

# Ética, violencia y educación en la sociedad globalizada

Marlon Javier López  
Universidad de El Salvador

**Resumen:** *El presente artículo constituye una reflexión acerca del papel que la educación ejerce dentro de la sociedad globalizada, partiendo de la hipótesis según la cual, como parte de la cultura, ella constituye un espacio de lucha en torno a la democracia, los valores que le son propios y los factores que atentan contra ella. Teniendo en cuenta los aportes críticos de la filosofía social acerca de los elementos más perniciosos de la modernidad capitalista, los cuales encuentran su expresión más extrema en la sociedad globalizada, se señala la conexión entre la degeneración moral, el rol conferido a la educación y los peligros que enfrenta la democracia bajo el influjo de ciertos elementos hostiles, como el mercado, la cultura empresarial y los intereses que le son consustanciales.*

**Abstract:** *This article is a reflection on the role of education in globalized society, starting from the hypothesis according to which, as part of the culture, it constitutes a space of struggle, around democracy, the values that are its own and the factors it attacks against it. Taking into account the critical contributions of social philosophy to the most pernicious elements of capitalist modernity, Which find their most extreme expression in the globalized society, the connection between moral degeneration, the role of education and the dangers faced by democracy under the influence of certain hostile elements is pointed out, like the market, the corporate culture, and the interests that are inherent to them.*

**Palabras clave:** *Educación, cultura, democracia, globalización, violencia, capitalismo.*

**Key words:** *Education, culture, democracy, globalization, violence, capitalism.*

El presente artículo parte de la premisa de que la cultura, entendida en términos generales como el conjunto de representaciones que un pueblo se forma de sí y de su realidad en una determinada época, y de la cual hace parte la educación, constituye un campo con relativa autonomía en permanente cambio y evolución, pero que a la vez forma parte de una totalidad social que incluye, además, el conjunto de las relaciones vitales establecidas entre los hombres, así como las formas de estructuración social emanadas de ellas.

En este sentido, tanto la cultura como la educación pueden ser concebidas como momentos constituyentes de un todo, el cual es atravesado por una contradicción entre tendencias antagónicas que las convierten en un campo en permanente disputa, en tanto

campo de formación de identidades.

Bajo el régimen social vigente, la educación es puesta al servicio de exigencias instrumentales y corporativas que determinan los contenidos disciplinares con los cuales ha de ser integrada. Todo esto tiene como efecto el socavamiento de la democracia, generando las condiciones para el dominio de fuerzas imperceptibles, pero sumamente poderosas, que propician la consolidación de una dictadura encubierta de tipo muy particular.

Al mismo tiempo, la función social y humanista de la educación se ve corroída, al depurarla de los elementos críticos y humanistas capaces de contrarrestar las tendencias destructivas que la sociedad capitalista contemporánea pone en movimiento.

## 1. Educación y cultura

La educación es esencial para el desenvolvimiento de cualquier sociedad. Sin embargo, al igual que toda forma, material o inmaterial de producción humana, posee un sentido histórico y debe ser abordada desde esta perspectiva.

Siguiendo a Giroux (2000), comenzaremos por hacer una reflexión que ayude a desmontar algunos mitos relacionados con este tema. El primero de ellos es

el de la equiparación de democracia con “libre mercado”. Según esta idea, la democracia y el “libre mercado”, tal y como se presenta en nuestra sociedad, son compatibles e indisolubles. Sostenemos no sólo la falsedad de este postulado sino todo lo contrario: la libertad del mercado es antagónica a una verdadera democracia. La prueba de esto es que en una sociedad liberal, el mercado es libre sin que el ser humano lo sea.

El segundo de estos mitos es el de la “educación desinteresada”. Según esta idea, la educación no persigue más interés que el de formar a los individuos según el contexto lo demande. Esta idea no sólo es falsa, sino además muy peligrosa, oculta el hecho de que la educación es cada día más un medio en el que se reproducen los intereses de los sectores dominantes de la sociedad. Una actividad que, además, no se ejecuta tan sólo en la escuela sino también a través de los distintos mecanismos que operan en la configuración de la opinión pública y los modos de pensar, como los grandes medios de comunicación de masas, entre otros. Que el interés es inherente al saber en general es algo perfectamente admisible, pero no así el móvil que le sirve de base. Podemos concebir el interés como una orientación básica, propia de la condición fundamental del ser humano, como ente que reproduce su vida y se constituye a sí mismo por medio del trabajo y la interacción (Habermas, 1982, p. 199). Según Habermas, es posible trazar una línea divisoria entre las ciencias naturales y las ciencias humanas, en el sentido de que mientras las primeras se rigen por intereses de aprendizaje acumulativo realizado de manera pre-científica en el ámbito de la actividad instrumental, los saberes humanos se establecen a un nivel pre-científico en el nexo de la tradición que constituye interacciones simbólicamente mediadas.

De este modo, las ciencias humanas, a diferencia de las ciencias naturales, se rigen por un saber prácticamente eficaz (Habermas, 1982, p. 194). Con el desarrollo de las relaciones de producción mercantiles a escala global, el saber técnico-instrumental se impone sobre los más variados campos de la actividad humana, no sólo en el de las ciencias naturales.

## 1.2 La educación como campo de formación de identidades

El problema de la educación y de la cultura es importante para entender como reorganizar la política y el poder, así como las fuerzas sociales y económicas que rigen la vida cotidiana. Las formaciones culturales son ahora, más que nunca, uno de los principales medios con que los individuos afrontan y comprenden las circunstancias materiales y las fuerzas que configuran su vida.

La cultura debe ser comprendida como un campo de lucha y resistencia. Kant ha llamado la atención sobre la intervención del sujeto en la construcción de su objeto, estableciendo que los ingredientes básicos de nuestra forma de pensar están preformados y tienen un origen previo. En la analítica trascendental ha precisado el sentido de su deducción diciendo que “las condiciones *a priori* de la experiencia posible en general son, a la vez, condiciones de posibilidad de los objetos de

experiencia” (Kant, 2005, p. 96). De aquí en adelante tuvo lugar un intenso debate que se proponía determinar en qué medida el pensamiento y la realidad podían establecer una relación posible. Es Marx quien, finalmente, pone al pensamiento en relación con los conflictos originados en la esfera de la producción material, evidenciando su función política: “las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas” (Marx y Engels, 1970, p. 51). Según Gramsci (1999), la misión educativa del Estado tiene el fin de crear nuevos tipos de civilización, y de adecuarla junto a la moralidad de las masas populares más vastas, según las necesidades del continuo desarrollo del aparato económico de producción y, por tanto, de elaborar tipos nuevos de humanidad (p. 21). Por tanto, a la hora de considerar la educación es necesario partir de premisas históricas, poniendo énfasis en los aspectos sociales que sirven de móvil propulsor para el desarrollo de ciertas áreas del saber.

En la sociedad contemporánea, la educación no se encuentra únicamente en manos del Estado. En un sentido amplio, lo que podemos llamar “cultura empresarial” se impone sobre todos los ámbitos de la vida, al punto de que podemos afirmar que en nuestros días el dinero gobierna la educación. Pero una democracia no puede existir sin

ciudadanos educados. Y sin embargo, el aparato mediático y cultural es encargado de formar y legitimar ciertos puntos de vista favorables al desenvolvimiento de la lógica del mercado, así como de generar identidades y formar opinión. En este sentido, el dominio político de élites corporativas se deja sentir bajo la fuerza de una ideología empresarial que tiende a eliminar los aspectos propiamente educativos en favor de principios que les son favorables.

La política tiene siempre una naturaleza educativa. La lucha por la política se puede, y se debe entender, como una lucha por el significado. Una lucha por imponer los valores que guían la conducta social y que parecen determinarla. La educación y lo simbólico son esenciales en política. La ideología neoliberal tiende a crear una baja cultura de consumo que tiene como premisa la pérdida de toda capacidad reflexiva, anulando cualquier perspectiva de diálogo y pensamiento crítico. La sociedad de la inmediatez conduce a la pérdida de la capacidad de analizar la realidad en su conjunto. Mediante una moral en extremo individualista, el neoliberalismo propugna una forma de pensar que impide a la gente convertir sus problemas personales en problemas amplios y sistémicos. El resultado de esto es la “despolitización” de los individuos. La mayoría de ciudadanos se desentienden de la política,

dejando de participar siquiera en sus más básicas actividades (como lo son votar, seguir los programas o las columnas de análisis). Con esto termina cualquier perspectiva de democracia. La política se vuelve patrimonio de los poderes económicos que influyen del modo más decisivo sobre todos los ámbitos de la sociedad. Este aspecto no deja de encubrir su contradicción. Nos encontramos con el hecho de que, al tiempo que se promueven valores individualistas, se anula la individualidad. La primacía del mercado a escala global impone un patrón universal que se acepta sencillamente como natural. El rostro de la despersonificación envuelve de tal modo la conciencia de quienes han nacido dentro de él, que hace necesario que nos volvamos extraños, pues parece que sólo los ojos de un extraño pueden ser capaces de observarlo (Jünger, 2003, p. 98).

### 1.3 La protesta filosófica

La filosofía ha protestado siempre frente a estas manifestaciones negativas de la modernidad capitalista. En el siglo XIX, cuando la sociedad burguesa se encontraba ya plenamente desarrollada dejando entrever con claridad cada vez mayor sus contradicciones, éstas eran desplazadas progresivamente al centro del debate. Engels hubo de señalar en determinada ocasión como las promesas de los ilustrados pudieron parecer tristes caricaturas:

“desgarradas imágenes que suscitaron una amarga decepción” al realizarse la razón bajo su envoltura capitalista, lo cual empujaba con apremio a rebasar los límites del mundo burgués. Esta tarea fue por primera vez planteada programáticamente por los representantes clásicos del socialismo utópico (Engels, 1968, p. 254). Pero no sólo los utopistas habrían de criticar este desgarrador panorama. El romanticismo alemán se caracterizó por oponerse apasionadamente a los más devastadores efectos culturales de la sociedad capitalista, reaccionando especialmente contra algunas de sus principales y más terribles consecuencias como lo son, a su juicio, la “cuantificación del mundo” emanada de su carácter mercantil; la “mecanización”, opuesta según ellos al sentido dinámico y natural de la vida, contraponiendo, dicho sea de paso, nostálgicamente una perdida armonía entre el hombre y la naturaleza, la cual veían sustituida por una vida artificialmente mecanizada; la “abstracción racionalista” que en su opinión orientaba la vida humana según las exigencias de una fría racionalidad dirigida puramente a objetivos; y la “disociación de los lazos sociales” contemplada como un fenómeno propio de la modernidad capitalista acusada de romper todos los vínculos sociales, para dejar en pie únicamente el vínculo comercial. Al tiempo que denuncian todo esto, los románticos proclaman la necesidad de encontrar las claves

para establecer nuevamente la comunidad auténtica (Löwy y Sayre, 2008, pp. 46-54). Esta crítica, sin duda, por ejemplo en Novalis, llena de exaltaciones nostálgicas del pasado, es susceptible de ser llenada con un contenido reaccionario. Pero las apelaciones a una “edad dorada” unidas a las exigencias de disolución de la sociedad capitalista ponen de relieve una utopía capaz de señalar las tareas pendientes del futuro (Martín. 2010, p. 130).

La anulación del individuo es denunciada por el romanticismo, a propósito de los devastadores efectos que el patrón de conducta impuesto por el capitalismo tiene para la cultura. Ello lleva a los románticos a rechazar la noción de “normalidad”. En esta dirección, el aburrimiento aparece como uno de los grandes problemas de la modernidad. Las ciudades, herencia moderna, son presentadas como una serie de desolados paisajes, marcados por “un vacío ajeteo de tiempo y aburrimiento petrificado” (Safranski, 2012, p. 185). Similar es la apreciación de Engels respecto a la desintegración humana acaecida en las grandes ciudades: “La desintegración de la humanidad en mónadas, cada una de las cuales se rige por un principio de vida aparte y persigue sus fines propios, el mundo de los átomos, llega aquí (En las ciudades M. L.) a su punto culminante” (Engels, 1981, p. 303).

Pero la crítica social que hace el romanticismo está lejos de abordar al capitalismo en su conjunto. Ha sido, filosóficamente, Marx quien primero que nadie ha trazado de manera más plena una crítica total y completa de la sociedad capitalista.

Marx parte del hecho de que la división capitalista del trabajo trae consigo la completa pérdida del ser humano, primero como trabajador y posteriormente como género. El trabajo bajo el capitalismo se traduce, por tanto, en la completa *enajenación* de la especie humana. Como ya había hecho Hegel, concibe al trabajo como la actividad originaria de la *praxis* humana, en la medida que el carácter específico del ser humano consiste en realizarse por medio del trabajo (Marx y Engels, 1978, pp. 354-355).

Para este autor, una de las cualidades más importantes del ser humano consiste en la propia producción práctica de un mundo objetivo. No sólo la especie humana es capaz de producir, también el animal: “se hace su nido o construye viviendas, como las abejas, castores, hormigas, etc.” (Marx y Engels, 1978, p. 355), pero la diferencia es que sólo el hombre produce libremente, sobreponiéndose a la necesidad natural. Esta noción será común en Marx a lo largo de toda la vida. Se repite nuevamente en el capital (Marx, 1999, pp. 130-131).

Así, la determinación esencial del hombre es puesta en la auto-constitución realizada por medio del trabajo: “Por tanto precisamente en la elaboración del mundo objetivo es como un hombre demuestra que se halla realmente a nivel de la especie”. Esta producción, su vida como especie trabajadora, “le revela la naturaleza como *su* obra y su realidad” (Marx y Engels, 1978, p. 355).

Pero la inversión que tiene lugar en el seno de la sociedad capitalista hace del trabajo algo completamente diferente. Marx ha plasmado con la mayor y más profunda vitalidad, el absoluto desgarramiento que sufre el ser humano bajo la división del trabajo en la sociedad capitalista. Este desgarramiento tiene lugar desde el momento en que el trabajo deja de ser una necesidad, constituyéndose como un simple medio para la satisfacción de otras necesidades; “todas las consecuencias se hallan encerradas en el hecho de que el producto de su trabajo sea para el trabajador un objeto ajeno” (Marx y Engels, 1978, p. 350). Tal hecho es posible porque la sociedad capitalista se asienta sobre la absoluta división entre los medios de trabajo y el propio trabajador, el cual se encuentra así enajenado, tanto de los medios necesarios para realizar su actividad como de los mismos resultados objetivados de su propio trabajo. Finalmente, el trabajador se

enajena a sí mismo (Marx y Engels, 1978, p. 351-352).

La enajenación del trabajador es, a su vez, consecuencia del extrañamiento de su propia actividad, la cual pasa a constituir la total negación de su ser, una negatividad en la cual no se restituye como individuo productor sino que se ve reducido a una condición infrahumana (Marx y Engels, 1978, p. 352).

Como un ser enajenado, no sólo se convierte en lo que no era; el trabajo se vuelve una actividad opuesta, la realización del trabajo aparece como la irrealidad del trabajador, y el mundo que ha sido derivado de su actividad se enfrenta a él, como un mundo autónomo, ajeno y hostil que lo domina.

El ser humano cosificado se ve, de este modo, dominado por fuerzas fetichizadas que él mismo ha puesto en movimiento. La totalidad de su existencia social aparece como un conjunto de objetos y las relaciones sociales como relaciones entre las cosas. La vida humana pierde todo valor, en la medida que dicho valor es transferido al mundo de las cosas, expresado finalmente mediante la abstracción en un objeto: el dinero. El dinero puede ejercer esta función, porque la apropiación del mundo configurado por la actividad del hombre aparece aquí mediada por la mercancía:

*El dinero es el alcahuete entre la necesidad y el objeto, entre la vida humana y sus medios de vida. Pero lo que media mi vida, me media también la existencia de otros hombres en forma consciente. En eso se convierte para mí el otro. (Marx y Engels, 1978, p. 406)*

Este conjunto de relaciones sociales oculta, de hecho, el trasfondo que lo sustenta. El análisis crítico de la economía, efectuado

por Marx, se esfuerza siempre en poner de manifiesto el contenido social oculto de dichas relaciones:

*De hecho, las diversas determinaciones formales que adquiere el dinero en el proceso de la circulación, son sólo la metamorfosis cristalizada de las propias mercancías, la cual, a su vez, es sólo la expresión objetiva de las mutables relaciones sociales dentro de las cuales los poseedores de mercancías llevan a cabo su proceso metabólico. (Marx, 2008, p. 128)*

#### **1.4 Neoliberalismo y educación superior en El Salvador**

Partiendo de esta crítica social, debemos ahora analizar cómo se presenta la educación en el contexto del capitalismo globalizado de nuestros días. La importancia de la educación es incuestionable, pero se ha comprendido de distintas maneras en diversas épocas y períodos. Digamos, desde ya, que la actual coyuntura de los mercados globales se caracteriza por imponer un patrón único de calado mundial. En efecto, rasgo esencial de la globalización neoliberal es la universalización de la política económica aplicada de manera mecánica, con el fin de favorecer el funcionamiento de las corporaciones transnacionales y la realización del proceso

de acumulación del capital internacional (Moreno, 2006, p. 5).

La última década del siglo pasado tuvo como principal acontecimiento el fin de la guerra. El amargo despertar tras la embriaguez de la guerra permitió la recomposición de toda la estructura económica de dominación, minada por las luchas de clase del pasado siglo, para encausar al país por los derroteros del más enconado capitalismo neoliberal. Dos procesos paralelos se abren con ello: por un lado, el fortalecimiento de un marco jurídico necesario para sentar las bases de un "Estado de derecho"; y por el otro, la aplicación de programas de ajuste económicos que contradictoriamente hacen más evidente la violación de los derechos econó-

nicos, sociales y culturales (Moreno, s. f., p. 17).

Dentro de las primeras medidas tomadas por el grupo empresarial dominante, ahora hecho con la dirección del aparato del Estado (Arias, 2010, p. 21), tuvo lugar la reapropiación del sistema financiero nacional, lo que llevaba la intención de situarlo en una posición de privilegio que le permitiera hacerse de un poder de creciente influencia no sólo económica sino también política.

Otra de las medidas tomadas, y a la vez consecuencia de este proyecto, fue la transnacionalización de la economía, y esto favorecido por el contexto, pues las reformas tuvieron lugar en el marco de la reestructuración del capital imperialista que se proponía fortalecer su dominio mundial incrementando a la vez la dependencia de los llamados países periféricos. La burguesía salvadoreña salió con los brazos abiertos para abrazar el Consenso de Washington, viendo en ello la llave para reforzar su propia situación hegemónica, en una transacción cuya gran perdedora fue la clase trabajadora de nuestro país.

Todo esto derivó en la consolidación del más acentuado dominio del capital nacional y multinacional concentrado en el poder político de un grupo reducido a partir de

la propiedad de alrededor de 743 empresas (Arias, 2010, p. 4).

Naturalmente, la extrema concentración de la riqueza en una nación sólo puede tener como correlato el empobrecimiento y la generalización de la miseria; así lo demuestran también la evolución de los datos en nuestro país, donde el 20% de la población más pobre pasó de percibir el 4.07% del ingreso total en 1992 a percibir el 3.8% en el año 2007, mientras que el 20% de la población más rica paso de apropiarse el 48.49% en 1992 al 52.8% del ingreso total generado en el 2007 (Arias, 2010, p. 7). La disminución de las condiciones de vida de los trabajadores también se revela en la evolución de los salarios reales, los cuales disminuyeron en más del 10% para los trabajadores del comercio y de la industria, y en más de 20% para los trabajadores agropecuarios, a pesar de que el producto medio real por trabajador aumentó casi un 40% en el mismo período (Pleitez, 2010, p. 109).

Sería un error hacer pasar todo esto por una casualidad, pues desde un inicio fue objetivo de los planes de ajuste económicos el orientar toda la estructura económica en torno a las exigencias de los monopolios, las corporaciones transnacionales y la acumulación de capital del nuevo grupo emergente de la posguerra, en consonancia con sus necesidades

económicas y de sus avenencias con el capitalismo internacional imperialista. Todas las medidas iban dirigidas a atentar contra los niveles de vida de los trabajadores “otorgando concesiones” a las empresas transnacionales: flexibilización de las relaciones laborales, inestabilidad laboral, despidos de trabajadores sindicalizados, congelamiento de los salarios mínimos, tolerancia del Ministerio de Trabajo ante las violaciones de los derechos laborales, entre otros, (Moreno, s. f., p. 31). Dicho de otro modo, con las reformas económicas de los años noventa se asoma en El Salvador una globalización que persigue debilitar al Estado nacional, al tiempo que crea las condiciones idóneas a la inversión extranjera y la toma del control de áreas importantes de la economía por parte de las transnacionales, moldeando a su vez un marco jurídico supranacional fuera del alcance de las instituciones nacionales y de la ciudadanía (Moreno, s. f., p. 19).

En este sentido, pasan a ser los organismos supranacionales los que en última instancia toman las decisiones, pues en el nuevo contexto del imperialismo son circuitos de poder, encabezados por los organismos financieros y multilaterales que dictan las principales medidas económicas a los países. A propósito de la educación, estos organismos se encargan de promover una lógica de mercantilización del conocimiento (Lora Cam y Recéndez Guerrero,

2009, p. 54). Esto queda expuesto en una serie de documentos del Banco mundial y otros organismos financieros y multilaterales en donde se critica, por ejemplo, en términos muy duros, elementos como la gratuidad de la educación, en favor de una *flexibilidad* que permita a las universidades establecer medidas, tales como asignar matrículas, despedir y contratar personal, así como reducir el número de docentes cuando la proporción esté por debajo de la “eficiencia”, a fin de “reducir costos”. Toda esta flexibilidad, por otro lado, no tendría otro objetivo “esencial” más que hacer que las universidades “respondan a las nuevas demandas del mercado laboral” (Banco Mundial, 1995, pp. 71-72). Estas medidas podrían complementarse con una diversificación de las fuentes de financiamiento que den participación a la empresa privada y la eliminación de la gratuidad de la educación “en los sectores de ingresos más altos” (CEPAL-UNESCO, 1996, p. 109-110). No será necesario poner de manifiesto la lógica mercantil neoliberal con la que estos organismos abordan la educación, así como la total dependencia y subordinación hacia el capital privado que promueven.

De este modo, asistimos a una progresiva deshumanización de la Educación, la cual lentamente va dejando de cumplir las funciones menos imperiosas al sistema vigente para ponerse enteramente a sus

órdenes. Se trata de brindar “mano de obra” especializada al comercio, las fábricas y las multinacionales, capaz de satisfacer únicamente lo indispensable para el mercado capitalista. La educación pierde con esto su papel humanizador, deja de ser medio reproductor de las energías creadoras humanas para trocarse justamente en su contrario, convirtiéndose en una actividad de adiestramiento de la nueva fuerza de trabajo aprovechable por el capital. Numerosas universidades privadas surgen y se desarrollan en un abrir y cerrar de ojos con este propósito, pero la presión se deja sentir con fuerza acuciante -cada vez mayor- en una universidad pública, abandonada y sin rumbo.

### 1.5 Violencia y globalización

No hace falta agregar mucho a lo hasta ahora expuesto para comprender el limitado margen de acción que la sociedad capitalista posee para contrarrestar las tendencias destructivas que trae a la realidad, y sin embargo, sería un error tratar de explicarla a través de la noción de violencia. En sus consideraciones, respecto al origen de la sociedad burguesa, Marx se ha negado a aceptar la idea de los economistas clásicos, quienes explicaban el origen del mercado y la sociedad comercial a través de un acuerdo armoniosamente pactado por el ser humano en determinado momento de la historia. Pero Marx

ha sido adversario, al mismo tiempo, de quienes sostienen que la servidumbre asalariada ha sido producto del mero uso de la violencia.

El concepto central de la lucha de clases tiene -para el marxismo- la intención de dirigir la atención sobre el papel de los pueblos en la configuración de su propio destino histórico. De este modo, el marxismo sostiene que el móvil propulsor del desarrollo es el resultado de la acción colectiva de los seres humanos, teniendo su campo de acción en los distintos modos de la *praxis* social, entre ellos el trabajo; es decir, en el ámbito de la economía y de la lucha de clases.

Como hasta ahora, todas las formas de opresión han tenido lugar en el seno de sociedades de clase, debemos ante todo decir que la propiedad privada no aparece en la historia como resultado exclusivo del robo y la violencia (Engels, 1968, p. 154). Ya hemos entrado a considerar algunos aspectos referentes a la crítica de Marx al orden social capitalista y a sus consecuencias sociales. Digamos ahora que este proceso -impulsado por el propio movimiento de las fuerzas económicas- termina con una inversión dialéctica que deja sentir los efectos más extremos de la explotación y la exclusión. La separación entre el propietario y el trabajador, sus consecuencias inmediatas, “desrealización del trabajador” e incluso

“deshumanización”, derivan de una ley que partía de la identidad del productor y su trabajo. En consecuencia, es el juego de las leyes inmanentes de la producción capitalista las que terminan disolviendo esta unidad originaria.

Hay que decir que las reflexiones de Marx tienen el propósito de desmontar la idea de una supuesta natural perversión del ser humano, sostenida por diversos autores modernos. Entre ellos, los más destacados son economistas clásicos. Dicha idea tiene el efecto de naturalizar los vicios propios

del capitalismo, vedando cualquier perspectiva de cambio social. Por el contrario, el análisis de Marx es ontológico, dado que explica estos fenómenos a partir del análisis del ser social del capitalismo. Por otro lado, hay que considerar que, si bien es cierto, la moderna sociedad capitalista no se explica a partir de la violencia, ésta reside en lo más profundo de su ser, en un sentido paradójico. Polemizando contra Stirner y sus exigencias de “emancipar el trabajo”, Marx señalaba la esclavitud asalariada precisamente como consecuencia del trabajo liberado:

*El Estado moderno, la dominación de la burguesía descansa sobre la libertad del trabajo (...). La libertad del trabajo es la libre competencia entre los obreros (...) el trabajo es libre en todos los países civilizados; no se trata de liberar al trabajo, sino de abolirlo. (Marx y Engels, 1970, p. 235).*

El análisis marxista explica los vicios y la degeneración social del capitalismo a partir de la dinámica interna de las relaciones de producción que le son propias. En *El Capital*, Marx sostiene que la propia lógica de la sociedad capitalista conduce cada vez más a la pauperización de las masas populares, sirviendo esto como catalizador para la revolución social (Marx, 1999, p. 648). No obstante, la ideología burguesa tiende a orientar las energías transformadoras del pueblo por carriles muy distintos. Los rasgos más característicos y generales de la sociedad

contemporánea: la automatización, despersonalización y la ausencia de un sentido de la vida generan el sentimiento de una permanente insatisfacción que termina por impulsar las más destructivas potencias del ser humano. El joven Engels ha descrito la manera en la que el orden social capitalista repercute en la descomposición moral de la familia, al tiempo que alienta el delito (Engels, 1981, p. 391).

Es natural que en una sociedad que desvaloriza al ser humano, a la vez que sobrevalora el mundo de

las cosas, el privar de la vida a una persona con el fin de sustraerle una prenda de marca o un aparato de última generación se convierte en un fenómeno cotidiano, incapaz de generar mayor escándalo.

Si a esto le añadimos el hecho de que el único patrón para medir el grado de valor de un individuo sea su cuenta bancaria, o sus posesiones materiales, en una sociedad que acrecienta permanentemente la miseria y la desesperanza, tenemos el caldo de cultivo perfecto para la criminalidad. No es casual que en la misma medida en que se iba profundizando en las reformas neoliberales y se destruía el tejido productivo del país, los niveles de violencia, expresados sobre todo en la tasa de asesinatos, se hayan ido incrementando progresivamente.

En el más extremo grado, el carácter deshumano de la sociedad de nuestros días se revela en que los muertos pasan -simple y sencillamente- a formar parte de frías estadísticas. De este modo, tras la firma de los Acuerdos de paz, nuestro país ha registrado una tasa de homicidios de 50 por cada 100,000 habitantes en 1995, 68 en el año 2005 y 71 en el año 2009, las más altas desde 1950 (López Bernal, 2015, pp. 351-352). La tendencia parece poco alentadora, pues el quinquenio que va del 2010 al 2015 ha visto un incremento del 66% en la tasa de homicidios, siendo

este último año el más violento de la historia reciente de nuestro país, registrando una tasa de 102.9 homicidios por cada 100,000 habitantes (INCIDE, 2016, pp. 18-19).

Aumentos que corresponden con el incremento de las estructuras delictivas, como las pandillas, las cuales son una clara expresión de la degeneración social dentro del capitalismo salvadoreño. Estos grupos operan bajo una evidente lógica de interés económica, dedicándose a tareas tales como el robo, las extorsiones, el comercio ilícito, el sicariato, entre otras, ofreciendo de este modo una “perspectiva” de vida -sobre todo a jóvenes desesperanzados- en un país donde el único sector con crecimiento real en las últimas décadas ha sido el sector informal (López Bernal, 2015, p. 355). Un reciente informe señala que actualmente casi dos terceras partes de las víctimas de violencia son jóvenes en edades productivas, la mayoría entre los 18 y los 30 años (INCIDE, 2016, p. 22), en donde el grupo de mayor riesgo lo representan jóvenes pertenecientes a pandillas.

A la luz de lo expuesto, resulta clara la relación entre la base económica que sirve de pilar a nuestro país, y que promueve el desmantelamiento de los derechos sociales, las ayudas e incentivos a la juventud, y la falta de una cultura expresada

a través de mecanismos educativos que promueva valores éticos y humanistas, la cual es sustituida por

la cultura de los monopolios y del mercado mundial.

## Conclusiones

Los procesos educativos –en el presente– están fuertemente influenciados por diversos factores, tales como el mercado y la cultura empresarial tan extendida de nuestros días. Estos factores repercuten fuerte y negativamente en su orientación, despojándola de su función social, en tanto formadora de ciudadanía mediante la promoción de valores cívicos, para situarla sobre la base de un modelo servil a exigencias puramente empresariales. Todo esto opera de manera desfavorable a la democracia, entre otras razones, porque priva a la educación de la posibilidad de formar ciudadanos capaces de incidir activamente en las decisiones políticas siendo partícipes de la vida pública.

A partir de lo anterior, concibiendo acertadamente la importancia de la cultura y la educación, en tanto esferas en las cuales se configura el sentido, los deseos y las identidades de la ciudadanía, los académicos tienen el reto de emprender la lucha en favor de una educación que promueva los valores democráticos, la justicia y la igualdad social, sirviendo de contrapeso a la cultura empresarial dominante.

La sociedad globalizada, tal y como se presenta actualmente, tiene como característica fundamental el exacerbado valor que concede a las cosas materiales, lo cual deriva en el predominio y descontrol de fuerzas fetichizadas que parecen dominarlo todo. Este descontrol y anarquía es impulsado por una serie de instituciones como el Banco Mundial y el FMI, las cuales se encargan de promover una política dogmática a escala planetaria que socaba la soberanía de los países y los subordina a la voluntad de unos escasos centros de poder. Con ello se instaura una dictadura cubierta bajo la fachada de la democracia liberal. En el caso de la educación, estas instituciones promueven toda una serie de reformas, sin otra intención más que la de situarla en una posición servil a la lógica empresarial que no da lugar a la función cívica e impide considerarla un bien público que beneficie a todos por igual, transformándola en un campo de entrenamiento para “educar” consumidores en lugar de actores sociales polifacéticos. Finalmente, la influencia de una cultura empresarial, una ideología neoliberal y una educación despojada de su función social y humanista son un obstáculo

serio para que una sociedad pueda poner resistencia a la degeneración moral en la que la globalización

neoliberal necesariamente desemboca.

## Referencias

### Libros y documentos:

- Arias, S. (2010). *Atlas de la pobreza y la opulencia en El Salvador*. San Salvador: UCA Editores.
- Banco Mundial (1995). *La enseñanza superior: las lecciones derivadas de la experiencia*. Washington, D. C.: Banco internacional de Reconstrucción/ Banco Mundial.
- CEPAL-UNESCO (1996). *Educación y Conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad*. Santiago de Chile: Oficina Regional de Educación de la UNESCO para América Latina y El Caribe.
- Engels, F. (1981). *Escritos de juventud*. México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. (1968). *Anti-Dühring. La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*. México: Editorial Grijalbo.
- Giroux, H. (2000). *La inocencia robada*. Madrid: Ediciones Morata.
- Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel. Tomo 5*. México: Ediciones Era/ Bemérita.
- Habermas, J. (1982). *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus Ediciones.
- INCIDE (Instituto Centroamericano de Investigaciones para el Desarrollo y el Cambio Social). (2016). *El Salvador: Nuevo patrón de violencia, afectación territorial y respuesta de las comunidades (2010-2015)*. San Salvador: Imprenta y Offset Ricaldone.
- Jünger, E. (2003). *El Trabajador. Dominio y figura*. Madrid: Tusquets Editores.
- Kant, I. (2005). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Taurus Ediciones.
- López Bernal, C, G. (Coord.). (2015). *El Salvador: Historia contemporánea*. San Salvador: DPI.
- Löwy, M. y Sayre, R. (2008). *Rebelión y melancolía. El romanticismo a contracorriente de la modernidad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Martín N. A. (2010). *La nostalgia del pensar. Novalis y los orígenes del romanticismo alemán*. Madrid: Thémata-Plaza y Valdés.

- Marx y Engels. (1978). *Obras de Marx y Engels*. Barcelona: Editorial Crítica.
- \_\_\_\_\_. (1970). *La ideología alemana*. Barcelona: Editorial Grijalbo.
- Marx, C. (2008). *Contribución a la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI editores.
- \_\_\_\_\_. (1999). *El Capital*. México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. (1982). *Escritos de juventud*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pleitez, W. (2010). Las reformas neoliberales: un balance crítico. En *El Salvador: Historia mínima* (pp. 107-112). San Salvador: DPI.
- Safranski, R. (2012). *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*. Barcelona: Tusquets Editores.

#### **Documentos electrónicos:**

- Moreno, R. (2006). *CAFTA-DR, agricultura y soberanía alimentaria*. Recuperado de <https://sites.google.com/site/rmorenos1/ra%C3%BAmoreno>
- \_\_\_\_\_. (s. f.). *Globalización neoliberal en El Salvador. Un análisis de sus impactos e implicaciones*. Recuperado de <http://mon-3.org/pdf/elsalvador.pdf>
- Lora Cam, J. V. y Recéndez Guerrero, C. (2009). *De la Contrarreforma Universitaria Neoliberal a la resistencia en América Latina*. Recuperado de <http://www.elaleph.com/libro/De-la-Contrarreforma-Universitaria-Neoliberal-a-la-resistencia-en-America-Latina-de-Jorge-V-Lora-Cam-Ma-Cristina-Recendez-Guerrero/741753/>